

ESTUDIO

Transhumanismo: entre la ideología y la antropología. Una mirada cinematográfica

Tomás Domingo Moratalla. Facultad de Filosofía. UNED. Madrid

Resumen

El movimiento transhumanista debe ser comprendido como componente fundamental de nuestro imaginario social, el cual cumple diferentes funciones, tanto en su vertiente ideológica como utópica. El transhumanismo es una ocasión para pensar grandes temas que nos afectan de una forma radical, qué somos y cómo vivimos. El cine, sobre todo el cine de 'ciencia ficción', se alimenta de los grandes temas transhumanistas, de ahí que sea un magnífico laboratorio antropológico para la reflexión.

Abstract

The transhumanist movement must be understood as a fundamental component of our social imagination, which fulfills different functions, in its ideological and utopian aspects. Transhumanism is an opportunity to think about major issues that affect us in a radical way, what we are and how we live. Films, especially 'science fiction' cinema, feed on the great transhumanist themes, hence it is a great anthropological laboratory for reflection.

Una cuestión de perspectiva

Sin lugar a duda, la idea del transhumanismo es peligrosa; quizás por eso también atrayente¹. Nos encontramos ante una idea que concita entusiasmos, sueños, imágenes, mundos posibles, felicidad y placer. Es peligrosa, y no sólo lo es la idea, también la realidad que dibuja y que ya pone en marcha. Pero decir que es peligrosa no implica, al menos en mi caso, que debamos arrinconarla, prohibir las prácticas que acompaña o exorcizarla. Lo peligroso es también lo que puede salvar, lo que puede hacernos crecer. Ante lo peligroso tendremos que ser cautos y armarnos de recursos para afrontarlo. Por tanto, ante el transhumanismo, y sus promesas y sus apocalipsis, lo mejor que podemos hacer es informarnos y proveernos de los mejores recursos. Y no cabe duda de que uno de los grandes recursos para hacerle frente es la imaginación y sus productos, por ejemplo, el cine.

¿Por qué la imaginación? El transhumanismo queda definido por las posibilidades de “ir más allá de lo humano” que nos brinda el conocimiento, la ciencia, y la tecnología. Hablar, así, de transhumanismo es desplegar un abanico de posibilidades que se pueden empezar a realizar hoy en día pero que, sobre todo, se vislumbran. Una herramienta del hacer transhumanista (tanto de sus ejecutores como de sus divulgadores) es la imaginación. Por eso, al afrontar críticamente este pensamiento —esta ideología, esta práctica—, la imaginación será también un recurso con el que contaremos.

El transhumanismo nos dibuja un mundo que muchas veces ha sido anticipado en el cine. El cine, las películas, la ciencia-ficción se nos presentan como un despliegue de mundos posibles, juegos de lo humano abiertos a la imaginación, a nuestros poderes y miedos. Pocas cosas hay que nos muestre el transhumanismo que el cine, o la literatura de ficción, no las hayan anticipado. Si es tal el poder visionario del cine, no es de extrañar que recomendemos visitarlo para saber qué hacer, como afrontar el mundo que se nos viene encima y cómo actuar responsablemente, con cautela, con precaución, pero también con imaginación y haciendo de una sabiduría práctica iluminada por la imaginación nuestra guía.

El transhumanismo es, por tanto, me atrevo a afirmar, una gran propuesta cinematográfica. El cine lo refleja, y pocas ideas convierten al cine en un espectáculo tan atrayente. Aquello que nos humaniza o deshumaniza nos atrae. El cine, el mundo narrativo en general, es un amplio laboratorio de lo

¹ Ya son muchos los trabajos con lo que contamos sobre el transhumanismo. Destaco especialmente dos, un libro y un artículo, que considero especialmente valiosos: A. Diéguez, *Transhumanismo. La búsqueda tecnológica del mejoramiento humano*. Barcelona, Herder, 2017; L. Feito Grande, “La búsqueda de la perfección: ¿realización de lo humano o pacto con el diablo?” en J. San Martín & T. Domingo Moratalla (eds.), *Perspectivas sobre la vida humana. Cuerpo, mente, género y persona*. Biblioteca Nueva. Madrid, 2011. pp. 214-236.

humano². Siempre lo ha sido. No es de extrañar que un arte nacido de la técnica sea quizás el más adecuado para explorar las promesas y miedos del ser humano. Basta recordar el nacimiento del cine, al menos una de sus cunas, en los talleres y en las pequeñas salas de proyección de los hermanos Lumière, cuando ante los primeros espectadores aparecía, a toda velocidad, un tren llegando a una estación. Y estos espectadores, arrebatados por la sorpresa y lo nunca visto, se apartaban atemorizados; un tren que ya estaba provocando las dudas de si semejante velocidad, incluso 20 o 30 km/hora, no podría ser perjudicial para el ser humano. El nacimiento del cine coincide con uno de los momentos cruciales del desarrollo científico y tecnológico del ser humano; no es extraño que se haga eco de sus promesas; aunque también coincide, todo hay que decirlo, con uno de los momentos de mayor duda y crisis del propio desarrollo humano y de su progreso. El cine nace, entre otras cosas, como un reflejo de un ser humano en transformación, que transforma su mundo, y se transforma a sí mismo. Por eso el cine es el lugar adecuado, más incluso que la literatura, para concitar la reflexión sobre el transhumanismo. A lo mejor también porque el cine, en el fondo, es un ejercicio de transhumanismo.

Otro argumento para visitar el cine a la hora de pensar el transhumanismo es que nuestro imaginario social, nuestras ideas y creencias, lo que somos y hacemos –o podemos llegar a ser– viene trazado por el cine. Si el cine conforma y moldea nuestras ideas y creencias no está de más que nos detengamos a explorar, aunque sea brevemente, cómo en el cine se refleja lo transhumano.

De alguna manera estamos siguiendo el ejemplo del filósofo Julián Marías que afirmaba que un conjunto de películas bien organizado podría ofrecer una imagen adecuada del ser humano. Se trataría de constituir una antropología cinematográfica. Por mi parte, y en este momento, creo que podemos hacer algo parecido: un conjunto de películas bien organizadas y seleccionadas podría ayudarnos a plantear una “antropología” en tiempos del transhumanismo.

La cuestión fundamental del transhumanismo es precisamente la idea de ser humano, es decir, la cuestión antropológica, y el cine es un magnífico recurso. No es adecuado plantear el tema de manera radical y apocalíptica, es decir, pensando que la cuestión del transhumanismo cuestionaría y trastocaría una idea del ser humano asentada y una antropología conseguida. Ni hay una idea de ser humano “ganada”, ni una antropología conseguida. Más que poner en cuestión una antropología o una imagen del ser humano ya afianzada, el transhumanismo es una vía para acercarnos a esa imagen o para establecer

2 Sobre el cine, sus posibles usos para “dar que pensar” y deliberar me permito recomendar mi libro *Bioética y cine. De la narración a la deliberación*. San Pablo, Madrid, 2011. Estas reflexiones sobre el cine y la deliberación a propósito de cuestiones éticas y antropológicas encuentran su fundamentación y justificación última en lo que hemos llamado bioética narrativa (véase T. Domingo Moratalla, L. Feito Grande, *Bioética narrativa*. Madrid, Escolar y Mayo, 2013).

esa antropología. La antropología que responde al transhumanismo no está hecha, está por hacer. El transhumanismo es para nosotros un cuestionamiento, una manera de seguir pensando lo que somos. El cuestionamiento radical que algunas de las propuestas transhumanistas conllevan nos pone contra las cuerdas, pero el reto supone una suerte y una posibilidad.

No se puede seguir planteando un debate entre antropología filosófica y transhumanismo como si la segunda sólo cuestionara y la primera frenara el avance, el progreso. Al contrario, una antropología “viva” nace de estos desafíos, de ellos se enriquece y nutre, a la vez que aporta el bagaje de su historia, nociones, perspectivas. Y todo esto lo hacemos, lo podemos hacer, en un medio tan rico como el de la imaginación.

¿Qué es el ser humano? ¿Cuáles son sus límites, sus posibilidades, sus

**Si el cine conforma y moldea
nuestras ideas y creencias no
está de más que nos
detengamos a explorar, aunque
sea brevemente, cómo en el
cine se refleja lo transhumano**

capacidades? ¿Está definido? Se pudiera pensar que tenemos una definición de lo que es el ser humano, que se va a poner en juego. Como ya indiqué, no es ese el planteamiento correcto. El poner en entredicho imágenes del ser humano, más o menos asentadas, más o menos tradicionales, nos va a ayudar y a exigir que nos hagamos una imagen del ser humano más

adecuada. El transhumanismo “nos pone a pensar”. Y mucho más, y mejor, si lo hacemos desde el cine.

Precisamente esta tarea es la que va a hacer que las películas que destaquemos no sean las que simplemente supongan un aumento de capacidades, o una capacidad más, a la manera de un gadget incorporado, sino aquellas más radicales que realmente ponen en juego lo que somos. Lo veremos.

Estas consideraciones antropológicas nos sirven también de criterio a la hora de seleccionar las películas. Hay infinidad de películas, casi infinitas; pero no nos interesan las que simplemente hablan de aumento (o disminución) de capacidades, sino aquellas, que hablan de nuevas capacidades o cuestionan la posibilidad misma de tener capacidades. Pondremos ejemplos. Por otro lado, y sirva de aviso a navegantes, hay películas muy buenas estéticamente hablando, que dan poco que pensar, y hay películas, no demasiado brillantes desde un punto estético, extremadamente provocadoras y sugeridoras de reflexión. En nuestra propuesta mantendremos cierto equilibrio que aúne riqueza estética y profundidad ética.

No pretendo exhaustividad; ni a la hora de explicar el transhumanismo –otros ya lo hacen–, ni tampoco a la hora de utilizar el cine para adentrarnos en él. Mi pretensión es más modesta, más acotada: utilizar el cine, ciertas películas, para pensar de una manera radical el núcleo de la propuesta del transhumanismo. La cuestión del transhumanismo gira en torno al tema de la

naturaleza humana, qué somos, qué hacemos con lo que somos; pues bien, algunas películas –vistas adecuadamente– nos ayudan a pensar con radicalidad, y así, sólo así, podemos afrontar los desafíos del transhumanismo, pero también podremos encaminarnos en la construcción de una antropología que también pueda hacer frente a otros problemas provenientes de otros ámbitos.

Transhumanismo, imaginario social y antropología

Ideología y utopía transhumanista

El transhumanismo se suele calificar de “ideología”, y se habla habitualmente de “ideología transhumanista”. Buscar una denominación correcta es complejo. No se trata de una filosofía, tampoco de una religión; no es una secta, y, aunque bebe de la ciencia, no es una disciplina científica. ¿Cómo nombrar al transhumanismo? ¿tradición, corriente, perspectiva, etc.? Por mi parte usaría cualquiera de estas denominaciones en función de las circunstancias y el caso. Pero se ha acuñado con relativo éxito lo de “ideología transhumanista”. Considero que si ponemos en contexto el concepto mismo de “ideología” puede ser muy interesante.

“Ideología” es uno de los componentes o constituyentes del “imaginario social”. El imaginario es el conjunto de ideas y creencias propio de un grupo social, de un momento histórico, etc. Ideas y creencias, inspirándonos en Ortega, son ese conjunto de construcciones conceptuales que nos permiten vivir, interpretar la realidad e interpretarnos a nosotros mismos; las ideas las tenemos, las creencias las somos. Las primeras son más sustituibles y mudables, las segundas más profundas y duraderas. Las ideas y creencias, el imaginario social, configura el espacio de experiencias de un grupo humano, así como configura el horizonte de expectativas, miedos, promesas, esperanzas, etc. Precisamente es este nivel uno de los más oportunos para referirnos al transhumanismo, pues no es una doctrina, una teoría, un corpus de conocimiento ni tampoco tan solo una moda, sino algo que está en el ambiente, que marca, que inspira, que nos define de alguna manera. Parece que vivimos buscando cada vez más felicidad, más bienestar, aumentar nuestras capacidades, nuestra esperanza de vida; los sueños de la tecnología se han hecho nuestros sueños. El transhumanismo (progreso, bienestar, capacidades, etc.) impregna nuestra vida. El transhumanismo es uno de los componentes de nuestro imaginario social, y, por tanto, es ideología.

Para entender la ideología adecuadamente no debemos ver en ella sólo un conjunto de ideas o unas ideas que encubren y engañan. Siguiendo al pensador francés Paul Ricœur propongo ampliar el concepto de ideología y vincu-

larlo con el de utopía, ambos constituyen el imaginario social.³ Este esquema nos va a permitir entender mejor el transhumanismo (considerándolo un componente de nuestro imaginario social en sus diferentes perspectivas y facetas) y también nos va a ofrecer una red hermenéutica para organizar el conjunto de películas con las que podemos explorar el transhumanismo.

Ese conjunto de ideas-creencias que constituyen el imaginario social, y que denominamos "ideología", tiene (o puede tener) tres funciones, por

El transhumanismo no es una doctrina, una teoría, un corpus de conocimiento ni tampoco tan solo una moda, sino algo que está en el ambiente, que marca, que inspira, que nos define

tanto, tres usos o manifestaciones. En primer lugar, una *función meramente expresiva* de un grupo social o de un momento dado; la ideología es la expresión de una mentalidad, es un conjunto de ideas que reflejan un estado de opinión, una situación, una manera de abordar la realidad, etc. En segundo lugar, una *segunda*

función de la ideología es legitimar, es decir, justificar, una determinada orientación, una determinada propuesta o una práctica dada. Y, en tercer lugar, montándose de alguna manera sobre los otros usos, posee una *función de disimulo*, de engaño, de ocultamiento (este es el sentido marxista habitual).

Sin entrar en mayores profundidades, podemos ver como el transhumanismo, la ideología transhumanista, refleja esta triple función:

- a) *Expresiva*: expresa, da voz, a muchos sueños e ilusiones del ser humano en nuestro mundo lleno de tecnología. Pensamos que la ciencia y la tecnología seguirá progresando y nos hará más poderosos, a todos los niveles.
- b) *Legitimadora*: justifica, o puede justificar, determinadas prácticas de grupos económicos, políticos, etc., a la hora de invertir (o impedir la inversión) en determinados sectores.
- c) *Disimuladora*: encubre, o puede encubrir, otros problemas que pueden ser más urgentes y preocupantes.

Vemos cómo la ideología progresa desde una determinación más positiva (integradora, etc.) a una más negativa (engaño, mentira), pasando por otra más neutra (legitimadora). El transhumanismo recorrería el mismo camino. Veremos cómo se refleja también en el cine.

3 De hecho, muchas de las propuestas transhumanistas se van a considerar utopías, o distopías. El cine adoptará la forma de distopía/utopía. No hago esta distinción porque que una utopía se considere positiva o negativa (distópica) dependerá de lo que se considere "vida buena", "deseable", y esa es precisamente la cuestión en juego. Un análisis más amplio del concepto de "utopía", así como del imaginario social en general, se puede encontrar en mi trabajo "Utopía", en A. Cortina, *10 palabras clave en FILOSOFÍA POLÍTICA*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 1998, pp. 405-456.

Algo parecido podemos pensar con respecto a la "utopía". La "utopía", segundo componente del imaginario social, tiene también tres funciones, de alguna manera simétricas a las de la ideología. En primer lugar, una *función subversiva* y cuestionadora de un determinado orden de intereses y conocimientos; las utopías desafían las creencias admitidas y cómodas (función ante todo crítica). Una segunda función es la de *deslegitimar* determinados órdenes establecidos (intereses y estatus). Y, en tercer lugar, una *función de huida*, de evasión; la utopía como sueño "loco", que nos impide ver la realidad. De la misma manera que antes, podemos ver cómo el transhumanismo puede responder a estas tres funciones utópicas:

- a) *Subversiva*: frente a modelos educativos, de investigación tradicionales, acríticamente aceptados.
- b) *Deslegitimadora*: proponiendo un modo distinto de ordenar la realidad y relacionarnos con los otros y con nosotros mismos.
- c) *Evasiva*: haciéndonos perder pie en la realidad, en la vida, en los problemas reales de la gente.

También aquí vemos como progresamos de una función positiva (crítica), a una negativa (evasión), pasando por una función más neutra (deslegitimadora).

Por tanto, bien podemos hablar de la "ideología transhumanista", pero admitiendo que igualmente hablaríamos de "utopía transhumanista", en su triple función. El imaginario social es complejo; analizar el transhumanismo como imaginario social –como un componente de nuestro imaginario social– requiere complejidad, es decir, tener en cuenta esta diversidad de funciones que aquí solamente bosquejo con el único interés de ayudarnos a pensar cómo el transhumanismo se deja ver desde el cine, y esto buscando cierto orden, ciertas categorías de comprensión.

Transhumanismo y naturaleza humana

Una de las grandes críticas que ha recibido el transhumanismo es la de cuestionar, poner en duda, la idea de naturaleza humana; incluso, atentar contra ella. Ahora bien, y sin entrar en la cuestión de fondo, lo que provoca el transhumanismo es que nos cuestionemos qué es la naturaleza humana; nunca ha estado claro qué es la naturaleza humana. Ahora menos. Podemos decir, como señalaba anteriormente, que el transhumanismo nos obliga a pensar. Es en el momento en que está en juego (la naturaleza humana) cuando nos preguntamos qué está en juego (qué es –realmente– la naturaleza humana).

¿Qué es esa naturaleza humana que está en peligro? ¿Qué es el ser humano? ¿Qué somos? ¿Cuáles son esas características, propiedades, rasgos, notas, sin los cuales no habría ser humano? O poniéndonos más cinemato-

gráficos: si un extraterrestre viniera a la tierra y nos preguntará qué es el ser humano, ¿qué le diríamos? Imaginemos que tiene que preservar a la especie humana de una posible destrucción universal. ¿Qué tendría que conservar, o proteger, para que sobreviviera nuestra humanidad? Esto es lo que nos hace pensar el transhumanismo. Esto es lo que el cine explora con fantásticos –enormes e imaginativos– recursos. Y esta es también la tarea de la antropología filosófica. Esta disciplina filosófica necesita ir al cine, y a un cine que hace suya la problemática transhumana.

Dos aportaciones de la antropología filosófica más reciente (relativamente reciente) me parece que pueden sernos de gran ayuda para la aproximación entre cine y transhumanismo.

En primer lugar, aquella que define al ser humano por sus capacidades, por sus poderes; y, paralelamente, por sus no-poderes (vulnerabilidad, fragilidad). Podemos decir que el ser humano es un ser de poder/poderes (y vulnerabilidades/fragilidades). Definir lo humano no es dar con unas características esenciales y ahistóricas, sino establecer ese conjunto de capacidades que permiten y constituyen la vida humana. Algo así se ha buscado en una

**Podemos decir, por ejemplo, que el ser humano es un ser que puede:
hablar (lenguaje),
hacer (acción),
dar y ofrecer sentido (narración) y
asumir responsabilidades (ética)**

perspectiva intercultural o en clave de una justicia global. Podemos decir, por ejemplo, que el ser humano es un ser que puede: hablar (lenguaje), hacer (acción), dar y ofrecer sentido (narración) y asumir responsabilidades (ética). Estas cuatro capacidades serían notas esenciales de nuestra humanidad. Una antropología filosófica tendría que dar cuenta de su configuración y constitución. De manera paralela, lo que nos interesa a nosotros en este momento es ver cómo el transhumanismo pone en juego estas capacidades; y lo que nos interesa sobremanera, es ver cómo estas capacidades son el tema de gran cantidad de películas (precisamente aquellas que bien podríamos calificar de “transhumanistas”).

En segundo lugar, hay una distinción sutil en la antropología filosófica del siglo XX que nos puede ayudar a pensar el transhumanismo (y pensarlo cinematográficamente). Se trata de la distinción entre estructura analítica de la vida humana y estructura empírica. Esta distinción fue elaborada por Julián Marías, desde la filosofía de Ortega, y desde los planteamientos conniventes de Husserl y Heidegger, entre otros muchos. No me interesa ahora una exposición sistemática, sino sólo caer en la cuenta de su relevancia.

Para Marías la estructura analítica es más general, más amplia, mientras que la estructura empírica es más específica y concreta. La estructura analítica de la vida humana es lo que hace que la vida humana sea vida humana, y no

puede faltar; la estructura empírica se refiere a los elementos concretos de la vida humana, tal y como de hecho se dan, pero que bien podrían ser otros. Pongo un ejemplo, sobre todo para poder captar la fuerza de esta distinción para pensar cinematográficamente el transhumanismo. Tener cuerpo, este cuerpo biológico, ¿es un elemento perteneciente a la estructura analítica o empírica? Quizás sólo empírica, pues podríamos pensarnos humanamente con otro cuerpo (con más olfato, más altos, etc.). Quizás que el cuerpo sea este o sea otro soporte es algo sólo empírico, no analítico, y por tanto no esencial. Fijense en alcance: ¿puede haber ser humano sin (este) cuerpo? Claro (desde lo dicho). Sus modificaciones no implicarían cambio de nuestra humanidad.

Apunto cierta reflexión: nacer y morir pertenecen a la estructura analítica de la vida humana; pero, por ejemplo, “envejecer”, ¿pertenecce a la estructura analítica? ¿no es algo más bien perteneciente a la estructura empírica? Por tanto, hay (puede haber) vida humana que no esté sometida al envejecimiento, etc.

No es mi intención ofrecer un curso de antropología filosófica, tan solo indicar que este es el gran tema sobre el que girará el “cine transhumanista”.

Miradas cinematográficas

Vamos, pues, al cine. El siguiente cuadro-esquema, inspirado en las ideas anteriores, presenta un recorrido de cine por el transhumanismo.

Cine y transhumanismo				
Imaginario social (funciones)	I D E O L O G Í A	Función ideológico-expresiva. Robocop (Paul Verhoeven, 1987)	Función utópico-cuestionadora. Blade Runner (Ridley Scott, 1982)	U T O P Í A
		Función ideológico-legitimadora. Yo, robot (Alex Proyas, 2004)	Función utópico-deslegitimadora. Gattaca (Andrew Niccol, 1997)	
		Función ideológico-disimuladora. Plan Diabólico (John Frankenheimer, 1966)	Función utópico-evasiva. Matrix (Lilly y Lana Wachowski, 1999)	
Grandes cuestiones	Capacidades humanas		El lugar del cuerpo	
	Sin límites (Neil Burger, 2011)		Ghost in the Shell (Rupert Sanders, 2017)	

El imaginario social en el cine

Pasaré a continuación a poner un ejemplo de película que podría servirnos para pensar el transhumanismo como ideología, en cada una de sus funciones. Sólo se trata de ejemplos que pretenden ser, de alguna manera, paradigmáticos. La mayor parte de las películas citadas aúnan diferentes funciones, pero he querido diversificarlas según el criterio de la función para ver cómo una película se puede utilizar en un sentido o en otro, es decir, no es que las películas “tengan” o no una función, sino que pueden utilizarse para esa función, algunas de manera muy clara, otras no tanto.

Por otro lado, cada una de las películas constituye un mundo por sí misma, y puede captarse en cada una de ellas diferentes niveles, temas, cuestiones, que bien pudiera servir, cada una, para abordar la cuestión del transhumanismo. Vayamos, pues, al cine.⁴

a. Función ideológico-expresiva. *Robocop* (Paul Verhoeven, 1987)

La película está ambientada en una sociedad futura. Alex J. Murphy, agente de policía de Detroit, es asesinado en acto de servicio. Las autoridades, para acabar con la delincuencia en la ciudad, tienen un plan: crear un superpolicía, un ser mitad hombre y mitad máquina, al que llamarán Robocop. Para ello utilizarán nuevas tecnologías y el cuerpo del agente Murphy. El experimento parece un éxito, y el cyborg-policía impone la ley y el orden, pero el policía, a pesar de estar muerto y ser sólo su cuerpo, conserva misteriosamente la memoria y decide vengarse de sus asesinos, más allá de las intenciones de sus programadores informáticos.

Esta película se ha convertido en un tópico de la ciencia-ficción contemporánea, y la vamos a encontrar “repetida” en muchas cintas posteriores. El tema fundamental es el de la relación entre lo biológico y lo cibernético; o, dicho de otra manera, la posibilidad de crear lo humano contando con la simbiosis de lo biológico con lo tecnológico. No es tan sólo el mundo de los robots (lo artificial), ni tampoco el de la creación de seres humanos (al estilo Frankenstein). Supone una modificación de lo natural mismo contando con lo artificial. Vemos que es un tema que se retomará en algunas de las películas que comentaremos posteriormente. Quizás la fuerza y posibilidades de esta película reside en la ingenuidad misma de su planteamiento. Por eso mismo la he elegido para caracterizar esta función expresiva. El progreso científico-tecnológico nos ha dado el poder de superar determinadas capacidades y, en el límite, podemos superar la propia muerte. Pero, sin llegar a tanto, podemos ser más fuertes, más poderosos, menos vulnerables.

⁴ La información básica de las películas (dirección, años, trama, etc.) puede encontrarse ampliada en diferentes páginas webs, recomienda especialmente la que aquí he utilizado: <https://www.filmaffinity.com/>

Un buen conjunto de películas podría situarse en esta función. Podemos recordar las desiguales *Chappie* (Neill Blomkamp, 2015) o *Terminator* (James Cameron, 1984). Con más pertinencia podríamos referirnos aquí a todo el universo Marvel, con la lista casi interminables de superhéroes, los cuales se caracterizan por tener superpoderes, es decir, lleva alguna capacidad humana a su máxima expresión, y así tener mejor oído, mejor vista, más fuerza, poder volar, pasar desapercibidos, etc. Alguna de estas películas, en su sencillez, y sin mayor pretensión que el entretenimiento, plantea cuestiones cruciales sobre nuestros límites y posibilidades. Una idea recurrente, que me gustaría destacar, es que en ellas el protagonista es consciente del nuevo poder que ha adquirido y, automáticamente, se plantea la pregunta por la responsabilidad. "Allí donde hay un gran poder, hay una gran responsabilidad", le oímos decir al tío de Peter Parker —también conocido como Spiderman—.

En la misma línea cinematográfica podríamos situar toda la saga de X-Men. Se trata de plantear la idea de nuevos seres humanos procedentes de mutaciones, cambios genéticos. Tecnología y genética se unen para presentarnos un abanico de capacidades humanas. Estos "universos" de Marvel/X-Men han configurado nuestra cosmovisión transhumanista de la que todos, partidarios o escépticos, participamos. El creador de este mundo fue el escritor de cómics Stan Lee; de su imaginación surgieron estos super-héroes llenos, quizás, de humanidad. Tampoco debemos olvidar que este universo surgió en los años 60 y 70 del siglo pasado con el interés claro de ofrecer una imagen positiva de la ciencia y la técnica, superando los miedos que provocó el desarrollo científico utilizado para la guerra (por ejemplo, la ciencia al servicio de la medicina "nazi", o la física más teórica al servicio de la creación de las armas más terroríficas). La ciencia puede contribuir al bienestar, a hacernos mejores y más poderosos, sin perder nuestra humanidad, ni nuestra responsabilidad. El universo Marvel (y X-Men) responde a esta idea. Es muy interesante analizar en qué momentos aparecen estas películas y series.

Estas películas simples, ingenuas, narrativamente planas, son configuradoras de nuestra identidad cultural actual. No viene mal detenerse en ellas, en alguna de ellas, para ahondar que es esto del transhumanismo. No olvidemos pues a Superman, Spiderman... o al personaje que les propongo, Robocop, para adentrarnos en los sueños transhumanistas.

A partir de estas películas algunas preguntas quedan en el aire: ¿Cuáles son las capacidades propias del ser humano? ¿Hay algún límite? ¿Por qué no desarrollar nuestras capacidades al máximo y "ser-más"? En esta película —en

El tema fundamental de *Robocop* es la relación entre lo biológico y lo cibernético; o, dicho de otra manera, la posibilidad de crear lo humano contando con la simbiosis de lo biológico con lo tecnológico

estas películas—, subyacen estas preguntas y planea en ellas una respuesta “obvia”: y, ¿por qué no?

b. Función ideológico-legitimadora. *Yo, robot* (Alex Proyas, 2004)

Chicago, año 2035, la vida se desarrolla apaciblemente y en armonía con robots inteligentes. Nos hacen más fácil la vida, toda nuestra vida. Nos cocinan, conducen nuestros medios de transporte, cuidan de nosotros, etc. El gran desarrollo tecnológico armoniza la convivencia del ser humano con sus criaturas tecnológicas, los robots. Todo funciona bien siempre y cuando cumplan con las “tres Leyes de la Robótica”: no causar daño alguno a un humano, obedecer y proteger su existencia. Inesperadamente un robot se ve implicado en el crimen de un brillante científico y el detective Del Spooner (Will Smith) queda a cargo de la investigación.

Habitar un mundo tecnológico es posible. El ser humano puede vivir bien, cómoda y plácidamente. Si pone su vida en manos de la tecnología, en manos de los robots, no pasa nada, al contrario, pasan muchas cosas y muy buenas. Siempre y cuando estemos en un mundo bien ordenado, bien ajustado. En esta película se nos muestra cómo este mundo entra en crisis, cómo se produce un desajuste. El mundo organizado por la tecnociencia tiene una serie de normas, incluso para los robots. El “desajuste” hace que este mundo entre crisis y surjan preguntas por la viabilidad de un mundo así. En principio nada tiene por qué ir mal siempre que se respeten las reglas, o, en función de las consecuencias que vemos en la película, siempre que el control esté, en última instancia, en manos del ser humano.

Muchas películas (series, cómics, videojuegos, etc.) legitiman el uso de la tecnología —legitiman el transhumanismo— subrayando de algún modo que, en definitiva, la última palabra, la decisión final está, o ha de estar, en manos del ser humano. El poder transhumano, por decirlo de esta forma, es controlable, y puede ser reconducido; lo importante es que no salga de determinados cauces. El transhumanismo no es problema siempre y cuando esté encauzado humanamente. Dicho de manera breve, el transhumanismo está en nuestro poder, depende de nosotros. La pregunta que está detrás de la película, y de muchas otras a las que aquí nos referimos, es si realmente está en nuestro poder o, más bien, se escapa de nuestro control, si se pierden las amarras de humanidad.

La pregunta queda en el aire: ¿Cómo es la sociedad tecnológica, la sociedad transhumana? ¿Es controlable? ¿O está fuera de control?

c. Función ideológico-disimuladora. *Plan Diabólico* (John Frankenheimer, 1966).

El banquero, Arthur Hamilton (John Randolph), está viviendo días grises al lado de su familia cuando comienza a ser incitado por un amigo al que creía muerto, para que visite “La Compañía”, donde le propondrán un cambio total

de aspecto físico con el que podrá rehacer su vida dejando atrás todo su pasado. Hamilton accede a la compleja cirugía estética, pero ¿le asegurará este cambio un futuro feliz?

Muchas películas, que tienen como argumento las cuestiones transhumanistas, ponen al descubierto que quizás las promesas de la ciencia, de la tecnología, están ocultando formas inhumanas de vida. Las esperanzas transhumanas son una pantalla que minimizan auténticos problemas individuales, sociales y políticos que no nos atrevemos a afrontar, y confiamos ingenuamente en la ciencia y la tecnología. En esta ocasión el transhumanismo, y algunas películas que lo reflejan (como esta de J. Frankenstein), estarían incidiendo en el carácter ocultador, disimulador, ideológico –en el peor sentido de la palabra– del transhumanismo. El transhumanismo es un canto de sirena que hace no nos ocupemos de lo importante; o, lo que es aún más grave, que perdamos recursos (sin darnos cuenta) para afrontar eso que es más importante. El transhumanismo es peligroso porque hace que nos olvidemos de nosotros mismos.

Muchas películas, que tienen como argumento las cuestiones transhumanistas, ponen al descubierto que quizás las promesas de la ciencia, de la tecnología, están ocultando formas inhumanas de vida

He elegido una película relativamente antigua, además de estar rodada en blanco y negro, de manera consciente. Se trata de una película casi “sin ruido” tecnológico, pero de consecuencias graves. La promesa que nos hace una “corporación” es la de rehacer nuestra vida, ser otros; no es una vida eterna, no se llega a tanto, pero precisamente por eso, es más atractiva, más factible. En la misma línea, y con los mismos criterios cinematográficos, es muy recomendable la película *El hombre que podía hacer milagros* (Mischa Spoliansky, 1936).

Una pregunta nos lanza esta película, y esta función del imaginario social, ¿cómo hacemos nuestra vida? ¿es posible una vida nueva? ¿cómo? ¿con la tecnología?

Por otro lado, esta película toca uno de los temas cruciales del transhumanismo, y por eso me parece especialmente relevante, aunque sea completamente desconocida. El transhumanismo nos ofrece posibilidades, capacidades, lo cual, en principio podemos pensar que no está mal, pero lo hace sin que nos esforcemos, sin que nos impliquemos en ello. Parece que tiende a minusvalorar el esfuerzo de los logros y las capacidades. ¿Es el esfuerzo, el sacrificio, el empeño, la lucha, etc. un valor fundamental de nuestra humanidad? Si podemos ser buenos a través de una pastilla (pongamos por caso), ¿por qué no obtenerla si el resultado va a ser el mismo, con menor conste (tanto personal –sacrificio– como social –económico-educativo–), cuando los resultados van a ser los mismos?

d. Función utópico-cuestionadora. *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982)

Noviembre de 2019. A principios del siglo XXI, la poderosa compañía Tyrell Corporation creó, gracias a los avances de la ingeniería genética, un robot llamado Nexus 6, un ser virtualmente idéntico a los seres humanos pero superior en fuerza y agilidad, al que dio el nombre de "replicante". Estos robots trabajaban como esclavos en las colonias exteriores de la Tierra. Después de la sangrienta rebelión de un equipo de Nexus-6, los "replicantes" fueron desterrados de la Tierra. Brigadas especiales de policía, los "Blade Runners", tenían órdenes de matar a todos los que no hubieran acatado la condena. Pero a esto no se lo llamó "ejecución", sino simplemente "retiro". Tras un grave incidente, el ex Blade Runner Rick Deckard (Harrison Ford) es llamado de nuevo al servicio para encontrar y "retirar" a unos replicantes rebeldes.

Pocas películas alcanzan la profundidad de *Blade Runner*. Con ella sola podríamos aproximarnos a las esperanzas, miedos y posibilidades reales del transhumanismo. Sobre pocas películas se habrá escrito tanto como sobre esta obra maestra de Ridley Scott. En este momento la utilizo para indicar la función cuestionadora que tiene esta portentosa obra de la imaginación. La trama de fondo, la pregunta que subyace, no es diferente –al menos aparentemente– a la que antes me refería hablando de *Robocop*. Mientras que en la película de Paul Verhoven se respiraba cierta ingenuidad y entusiasmo sobre la propuesta (no sin apuntar las sombras), la de Ridley Scott cuestiona el gran tema transhumanista: ¿qué nos hace humanos? Hemos construido replicantes, pero ¿son cómo nosotros? No. Pero a veces parece que sí. El gran giro conceptual que ofrece la película, a propósito de nuestro tema, es el paso de la pregunta por la humanidad del ser humano (naturaleza humana) a cuestionar radicalmente dónde reside esa pretendida naturaleza humana. Los humanos han perdido la humanidad, y son los replicantes los que parecen responder de ella. ¿Qué somos? ¿Memoria, recuerdos, experiencias, sentimientos, amor, etc.?

Otras películas han seguido en la misma línea exploradora de la naturaleza humana en el límite entre la creación tecnológica y el control de nuestra naturaleza biológica. Siempre será un referente clásico 2001: *Una odisea del espacio* (Stanley Kubrick, 1968). Más cercanas en el tiempo y dignas de consideración son: *Inteligencia artificial* (Steven Spielberg, 2001) y *El hombre bicentenario* (Chris Columbus, 1999). La humanidad de lo humano se pone en juego gracias al poder de la técnica cuando buscamos crear vida humana a nuestra imagen. Surge la pregunta radical: ¿qué es el ser humano? ¿hay algo así como una naturaleza humana? ¿dónde reside?

e. Función utópico-deslegitimadora. *Gattaca* (Andrew Niccol, 1997)

La película está ambientada en una sociedad del futuro, en la que la mayor parte de los recién nacidos son concebidos in vitro y con técnicas de selección genética. Vincent (Ethan Hawke), uno de los últimos niños concebidos de modo

natural, nace con una deficiencia cardíaca y no le auguran más de treinta años de vida. Se le considera un “inválido” y, como tal, está condenado a realizar los trabajos más desagradables; los así nacidos pertenecen al escalón más bajo de la sociedad. Su hermano Anton, en cambio, ha recibido una espléndida herencia genética que le garantiza múltiples oportunidades. Desde niño, Vincent sueña con viajar al espacio, pero sabe muy bien que nunca será seleccionado. Durante años ejerce toda clase de trabajos hasta que un día conoce a un hombre que le proporciona la clave para formar parte de la élite: suplantarse a Jerome (Jude Law), un deportista que se quedó parálítico por culpa de un accidente. De este modo, Vincent ingresa en la Corporación Gattaca, una industria aeroespacial, que lo selecciona para realizar una misión en Titán. Todo irá bien, gracias a la ayuda de Jerome, hasta que el director del proyecto es asesinado y la consiguiente investigación pone en peligro los planes de Vincent.

Una de las posibilidades, y riesgos, del transhumanismo es crear una sociedad profundamente injusta, donde las diferencias de clase no son ya sociales o educativas, sino genéticas. El mundo, la sociedad, queda dividida entre los

Una de las posibilidades, y riesgos, del transhumanismo es crear una sociedad profundamente injusta, donde las diferencias de clase no son ya sociales o educativas, sino genéticas

válidos y los no-válidos; los que han seguido el modo natural y los que han sido programados, y, por tanto, han nacido para ser los mejores posibles. La película nos muestra esta posibilidad, estos mundos divididos, y al mismo tiempo que lo cuestiona, pues lleva a cabo una defensa de aquél que es capaz de luchar por alcanzar un sueño que, en principio, está fuera de su alcance.

Más allá de la trama de la cinta, menos ingenua de lo que parece, nos da que pensar la posibilidad de que desde una mentalidad transhumanista puede ser diseñada una sociedad, construida genética y culturalmente. En una línea parecida, y salvando las pretensiones diferentes, se encuentra la película –ya clásica– *Los niños del Brasil* (Franklin Schaffner, 1978). La sociedad puede ser modelada como los propios individuos, así, si tenemos el material genético adecuado y reproducimos determinados contextos socioculturales, podremos crear individuos iguales y, por consiguiente, una sociedad a nuestro gusto, de gobernantes y súbditos, de válidos y no-válidos.

Una pregunta ronda estas creaciones: ¿en qué sociedad queremos vivir? ¿puede la sociedad ser construida y fabricada?

f. Función utópico-evasiva. *Matrix* (Lilly y Lana Wachowski, 1999)

Neo (Keanu Reeves) es un joven pirata informático; lleva una doble vida: durante el día ejerce en una empresa de servicios informáticos como un empleado “normal”, ahora bien, por la noche se dedica a piratear bases de da-

tos y saltarse sistemas de alta seguridad. Su vida cambia cuando una noche conozca a Trinity (Carrie-Anne Moss), una misteriosa joven que parece ser una leyenda en el mundo de los 'hackers' informáticos; ella lo llevará ante su líder: Morfeo (Laurence Fishburne). Descubrirá la "verdadera" realidad y el joven Neo deberá decidir si unirse a la resistencia o vivir su vida "normal". ¿Qué hará Neo? ¿Elegirá Neo la pastilla azul o la roja?

Esta película, como algunas de las que comentamos aquí, ha supuesto un cambio radical en el género de ciencia-ficción, e incluso en la historia del cine. *Matrix* es, en la historia del cine, un punto y aparte. Hace suya la incorporación del mundo tecnológico. También es cierto que va más allá de los debates transhumanistas, aunque hay muchas trazas narrativas en la película que nos ofrecen pistas muy interesantes. La película no pretende sólo poner en cuestión lo que es el ser humano y sus creaciones, sino que alcanza a cuestionar la concepción que tenemos de la realidad y de la verdad. ¿Qué es *matrix*? ¿Qué es la realidad? ¿Qué es la verdad?

Quizás, tras este mundo de apariencia hay una auténtica realidad. La ficción, *matrix*, nos aleja de este mundo. ¿Dónde queremos vivir? ¿Dónde podemos vivir? El transhumanismo, bajo la metáfora de *matrix*, puede ser considerado como ese mundo de promesas a las que no debemos dejar de aspirar y olvidarnos, quizás, de otras realidades. Pero, qué es lo real, ¿este mundo, o el mundo prometido, ya inminente? A lo mejor, como Neo, el protagonista, estamos obligados a elegir entre la pastilla roja y la pastilla azul. Y, ¿despertar del sueño? El problema, como Descartes anticipaba y *Matrix* recoge, es que no podemos distinguir la realidad de la ficción; la opción entre quedarnos en este mundo y huir al paraíso transhumanista ya no se da. No nos queda más remedio que superarla. El transhumanismo no es una utopía de huida sino una posibilidad que debemos afrontar.

Variaciones imaginativas sobre lo humano: el futuro de la naturaleza humana

a. Capacidades en juego

Muchos de los temas anteriores, en las películas que comentábamos y en tantas otras, pueden agruparse en función de lo que podemos llamar la cuestión de las capacidades. El transhumanismo, y el cine que lo refleja, nos ofrece variaciones sobre las capacidades humanas. La gran cuestión debatida es precisamente la de la mejora. ¿Qué es mejorar? ¿Qué es tratamiento y qué es mejora? Todo presupone que sabemos lo que es el ser humano, y podemos distinguir terapia de mejora.

El cine, el de ciencia-ficción, es una gran exploración sobre las capacidades humanas (su aumento y desarrollo), su falta, aquellas que son esenciales, de las que podemos prescindir, las que nos gustaría tener, etc. Muchas

son las películas que podrían ilustrar este tema, y poner en marcha nuestra reflexión. Elijo una de ellas, probablemente no la mejor, ni desde un punto de vista artístico, ni desde un punto de vista argumentativo, pero sí es la que pone el dedo en la llaga en la "herida transhumanista". Me refiero a *Sin límites* (Neil Burger, 2011)

El escritor Eddie Morra (Bradley Cooper) se enfrenta al desempleo, su novia está a punto de rechazarlo y está en medio de una crisis de sus capacidades. La situación cambia cuando un amigo le presenta una nueva droga, la MDT, la cual mejora las habilidades mentales. Gracias al MDT, Eddie alcanza el éxito, la creatividad y el poder. Atrae la atención de un magnate (Robert De Niro) que cree poder usar a Eddie para hacer una fortuna. Pero, le viene encima lo peor, la droga tiene efectos secundarios, disminuyen sus posibilidades, y el suministro de la droga peligra. Su buena suerte, su aumento de capacidades, corre serio riesgo.

Una nueva sustancia química, una droga, una tecnología, es capaz de hacernos más capaces, de ofrecernos mayor creatividad. ¿Dónde está el problema? Quizás está, como decía anteriormente, en que no lo ganamos con nuestro esfuerzo. Pero, si está a nuestro alcance, ¿cuál es el problema? Seguro que se nos ocurre uno, o varios, y aparece en la película. Probablemente, podríamos pensar que no está mal siempre y cuando estuviera al alcance de todos, es decir, siempre y cuando viviésemos en un mundo justo. Si este es nuestro argumento, y es el utilizado muchas veces por los críticos del transhumanismo, no toca lo esencial, pues el problema no está en disponer de la droga o de la tecnología, sino en su distribución, pero... ese es otro problema. No es baladí, pero no es esencial. Incluso podríamos llegar a pensar, siendo tan difusos los límites entre mejora y terapia, que disponer de la posibilidad de implementar determinadas capacidades y no hacerlo sería inmoral.

Esta película, paradigmática como el resto que comento, nos ofrece claves para pensar. Por lo menos nos da pistas sobre los problemas que no podemos dejar de plantearnos. El gran peligro es el uso particular, individual, que hacemos de las capacidades, de unos frente a otros, y de unos pocos contra el resto de la sociedad.

No sería muy difícil hacer un listado de capacidades, o de poderes humanos –más arriba me he referido al lenguaje, la acción, la narración y la responsabilidad– y ver cómo el transhumanismo nos promete su aumento casi sin límites. Y paralelamente, tampoco sería difícil, encontrar películas que ponen en juego dichas capacidades.

b. El cuerpo, ese extraño

En esta reflexión antropológico-cinematográfica sobre el transhumanismo vemos que la gran cuestión sobre la que gira el programa transhumanista, y el cine que le responde, es el lugar del cuerpo, la corporalidad. Ya lo señala-

ba al comienzo. ¿Qué es el cuerpo? ¿podemos prescindir de él? ¿Es un mero soporte, y por tanto sustituible? ¿Pertenece a la estructura analítica o a la estructura empírica de la vida humana? Esta es la gran pregunta. El transhumanismo da una respuesta, los anti-transhumanistas otra; la clave está en la formulación de la pregunta, es decir, en la conceptualización del cuerpo.

Una película, no demasiado buena desde un punto de vista estético, pero muy acertada para darnos que pensar, es *Ghost in the Shell* (Rupert Sanders, 2017).

En un Japón futurista la joven Motoko Kusanagi (Scarlett Johansson), también conocida como 'the Major' Mira Killian, es la líder de grupo operativo de élite, Sección 9, cuyo objetivo es luchar contra el ciberterrorismo y los crímenes tecnológicos. Al mando de esta unidad de operaciones encubiertas

El transhumanismo es una ocasión para pensar grandes temas que nos afectan de una forma radical: qué somos y cómo vivimos.

El transhumanismo exige renovados bríos en la filosofía, en la antropología y en la teología

está Aramaki y destaca Batou (Pilou Asbæk), un exmilitar considerado como uno de los agentes más salvajes del grupo. Pero, después de una peligrosa misión, el cuerpo de Kusanagi queda dañado, y tendrá que ser sometido a una operación quirúrgica para trasplantar su cerebro a un cuerpo robótico. Este nuevo cuerpo artificial le permitirá ser capaz de

realizar hazañas sobrehumanas especialmente requeridas para su trabajo. Está basada en un comic japonés (y videojuego) de gran éxito.

Vemos aquí, en esta película y en otras próximas –*Lucy* (Luc Besson, 2014), *Her* (Spike Jonze, 2013), *La memoria de los muertos* (Omar Naim, 2004), *Transcendence* (Wally Pfister, 2014), entre otras– el gran tema que plantea el transhumanismo: el cuerpo. Dicho de otra manera, el gran tema es el lugar de la naturaleza biológica del ser humano. ¿Cuál es la naturaleza humana? ¿Es biológica? ¿Sólo biológica? ¿Puede prescindirse de la biología, del cuerpo? ¿Puede cuestionarse la dimensión corporal como hace el transhumanismo más audaz? Como decía al comienzo, nos topamos aquí con una cuestión antropológica fundamental, y por eso el transhumanismo es tan incisivo en sus preguntas, y el cine nos las manifiesta de una forma audaz y brillante.

El transhumanismo tiene una concepción muy pobre del cuerpo. La visión científica transhumanista se basa en el planteamiento moderno cartesiano, el cual escinde al ser humano entre "res cogitans" (conciencia) y "res extensa" (cuerpo-materia); de ahí que se piense siempre como posibilidad la implementación de la conciencia en otro soporte. Esta escisión dualista entre cuerpo/alma se encuentra reforzada por la tradición empirista-utilitarista que es el ambiente en que se mueve el transhumanismo contemporáneo. El cine no hace más que reflejar esta visión del cuerpo. Se trata de un planteamiento

que podemos denominar gnóstico, un planteamiento que da pie, paradójicamente, a que se mezcle el extremo materialismo con una religiosidad místico-espiritualista. El cine nos ayuda a releer esta antropología de la corporalidad y a captar sus profundas limitaciones.⁵

A modo de conclusión

El movimiento transhumanista pide que lo comprendamos como componente fundamental de nuestro imaginario social, como hemos visto. Para hacerlo adecuadamente hemos de comprender las diferentes funciones que puede cumplir, los diferentes usos tanto en su vertiente ideológica como utópica. El transhumanismo es una ocasión para pensar grandes temas que nos afectan de una forma radical: qué somos y cómo vivimos. El transhumanismo exige renovados bríos en la filosofía, en la antropología.

Por otro lado, el cine, sobre todo el cine de ciencia ficción, se alimenta de los grandes temas transhumanistas, por eso mismo supone un magnífico laboratorio antropológico para la reflexión. Unas pocas películas, vistas adecuadamente, suponen un recurso único para adentrarnos en este tema y en las preocupaciones mayores de nuestra época. La imaginación cinematográfica nutre la imaginación ética y antropológica.

El transhumanismo, como digo, configura nuestro imaginario social el cual, a su vez, constituye nuestro mundo y nuestra realidad. Es cierto que es una idea peligrosa, en su ambivalencia y ambigüedad, que exige por nuestra parte el máximo cuidado y atención. Para someterlo a un proceso de crítica (de juicio, de valoración) el cine es una herramienta apropiada. En primer lugar, nos permite poner de manifiesto algunos de los presupuestos teóricos que lo fundamentan (por ejemplo, el lugar del cuerpo), nos permite ver –de alguna manera– las posibles consecuencias (buenas y malas) del mundo soñado por el transhumanismo y, en tercer lugar, nos ayuda a desplegar un mundo donde podríamos vivir, un mundo que podría ser el nuestro (o no).

La humanidad que hemos sido, que somos, que queremos seguir siendo –se supone–, exige de nosotros afrontar los riesgos y peligros, y para ello nos tendremos que armar de sabiduría que se nutre, no lo olvidemos, de imaginación. Sólo así seguirán teniendo sentido las palabras de aquel “replicante” que, al filo de la muerte, nos decía:

5 El carácter gnóstico de la filosofía contemporánea ha sido magníficamente analizado por el pensador judío Hans Jonas. Su ética de la responsabilidad nace precisamente de una relectura de la antropología de la modernidad. No es pura casualidad que uno de los grandes escritores de ciencia ficción contemporáneos, cuyos relatos están detrás de muchas películas de ciencia ficción, fuera un asiduo lector de H. Jonas –sobre todo de sus obras sobre el gnosticismo–. Me refiero a Philip K. Dick, autor de *Minority Report*, *Desafío total* o la citada gran obra maestra de la cinematografía transhumanista, *Blade Runner* (“¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?”).

Yo he visto cosas que vosotros no creeríais: atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto Rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

tdmoratalla@fsof.uned.es